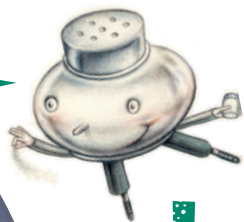


Ana Alonso

# El coleccionista de estrellas

Ilustraciones de Ana Oncina

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2017

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2017  
© De las ilustraciones: Ana Oncina, 2017  
© De las fotografías de cubierta: Thinkstock/Getty, 123RF  
© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya (Ortiz, J.)  
© Grupo Anaya, S. A., 2017  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
www.pizcadesal.es  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:  
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano  
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-698-3396-4  
Depósito legal: M. 614/2017  
Impreso en España - Printed in Spain

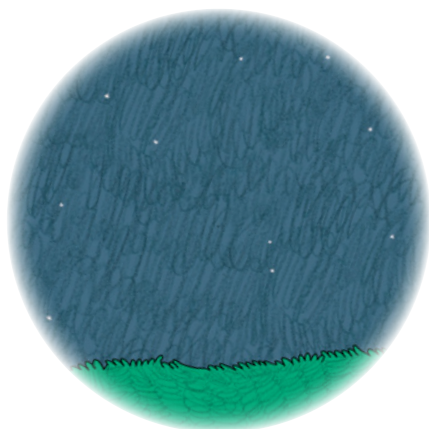
Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Ana Alonso

# El coleccionista de estrellas

Ilustraciones  
de Ana Oncina



ANAYA

*Para Lucía Encina Álvarez,  
una historia de sentimientos  
y todas las estrellas.*

## CAPÍTULO 1

Hoy ha sido mi primer día en Zarcos. Ha resultado todavía peor de lo que me imaginaba. ¡Y eso que no me imaginaba nada bueno!

—Es por tu bien, Lucía —fue lo último que me dijo mi madre ayer por la tarde antes de subirse al coche y dejarme aquí con la tía Susana—. Quiero que tengas unas vacaciones de verdad, como las que yo tenía a tu edad. Tú no sabes lo bien que nos lo pasábamos tu tía y yo aquí en Zarcos con los abuelos. Estábamos todo el año soñando con el verano, ¿a que sí, Susana?

Susana clavó sus intensos ojos verdes en la cara de mi madre, pensativa.

—No sé —dijo—. No lo recuerdo.

Mamá forzó una sonrisa para que no se le notase la tristeza.

—No puedes haberte olvidado también de eso —dijo casi en un susurro.

Susana se encogió ligeramente de hombros, como si no le importara.

—Deberías salir ya si no quieres que se te haga de noche en el camino. No te preocupes por Lucía, estará bien.

Mamá volvió a abrazarme muy fuerte. Era la tercera vez.

Cuando la vi subir al coche, estuve a punto de pedirle que me llevase con ella. Había sido una tonta diciéndole que aceptase el contrato de esa obra en Madrid. Pero es que oportunidades así no surgen todos los días... Mi madre es arquitecta técnica. Después de que yo naciese, dejó de trabajar durante unos años, y ahora le está costando bastante encontrar empleo, porque ya no se construyen tantos edificios como antes de la crisis. Yo me siento un poco culpable de que esté en el paro, porque lo dejó todo para cuidarme a mí. Por eso, cuando me preguntó si debía aceptar esa obra, no me atreví a decir que no. Pero claro, con ella trabajando y mi padre todo el día en el restaurante, que tiene muchísimo jaleo en el verano, no me podía quedar en casa. Me habría pasado sola el día entero.

Entonces fue cuando a mamá se le ocurrió la gran idea: Zarcos, el pueblo donde ella pasaba los veranos cuando era pequeña. El pueblo de su hermana Susana.

En realidad, Susana solo lleva seis años viviendo en Zarcos. Antes era diseñadora, y viajaba por todo el mundo presentando sus colecciones de ropa. Mi madre dice que era buenísima, y muy famosa en el mundillo de la moda. Pero un buen día, nadie sabe por qué, se





cansó y decidió dejarlo todo. Con el dinero que había ganado se compró una casa antigua en este pueblo y la arregló para convertirla en hotel rural. Desde entonces, no ha salido de Zarcos ni una sola vez. Ni una.

Eso significa que en los últimos seis años de mi vida (y tengo once) solo he visto a mi tía Susana cuatro veces, cuando hemos venido a este pueblo a visitarla algún fin de semana. Así que no se puede decir que la conozca bien.

Además, siempre que hemos venido a visitarla, he visto llorar a mi madre. A escondidas, eso sí, para que su hermana no se diera cuenta. Una vez le pregunté por qué le ponía tan triste venir aquí, y ella me dio una respuesta que no entendí del todo.

—Es por la tía. No soporto verla así. No es ella misma. Y lo peor es que no se deja ayudar.

Yo no recuerdo cómo era Susana antes de venirse a vivir a Zarcos, así que no puedo decir si es o no la misma. A mí la impresión que me da es que es una persona bastante fría, que no se emociona con facilidad, y que no se ríe casi nunca. Eso no quiere decir que no sea amable conmigo: al contrario, siempre que he venido me ha tratado muy bien. Me pregunta cosas sobre mi vida en el colegio, sobre mis amigos, y siempre escucha las respuestas con atención. Además, es de los pocos adultos que conozco que, después de un tiempo, todavía se acuerdan de lo que les has contado. Por ejemplo, una vez comenté que me encanta el pastel caliente de



manzana, y en nuestra siguiente visita, más de un año después, ella lo preparó.

Y es que a Susana le encanta cocinar para los clientes de su hotel. Ella dice que cocinar es un poco como diseñar ropa: puedes utilizar toda tu creatividad para hacer algo único, que ninguna otra persona haría igual. La diferencia es que la ropa dura un poco más que la comida. Pero solo un poco más, según Susana, porque la moda cambia muy deprisa... así que tampoco hay tanta diferencia.

No he venido a Zarcos pensando que me lo iba a pasar bien. Estoy aquí porque mis padres no tenían otro sitio donde dejarme, y no me había hecho grandes ilusiones. Lo que esperaba, al menos, era poder pasarme unas semanas a mi aire y sin que nadie se metiera demasiado en decirme lo que tengo que hacer... Pero no sé por qué, tengo la impresión de que no va a ser así.

Esta mañana, cuando estaba desayunando en la cocina con Susana (una tostada con mermelada de frambuesas casera riquísima, por cierto), ella se sentó frente a mí con una taza de café en la mano y se me quedó mirando en silencio.

Le sonreí, y, como no decía nada, empecé a asustarme un poco.

—¿Pasa algo malo? —pregunté—. ¿Te ha llamado mamá?

—No, no es eso. Es que quería explicarte que ahora mismo, en el hotel, tengo un huésped un poco especial.

Se llama Teo, y no se encuentra bien. Necesita mucha tranquilidad, para eso ha venido aquí. No hay que molestarle ni hacerle preguntas sobre su vida, ¿me entiendes? Y si alguien llama preguntando por él, tienes que avisarme a mí en lugar de decírselo directamente. No creo que pase, pero te lo digo por si acaso.

—¿Tiene mal carácter?

—No, él siempre intenta ser agradable. Solo está en guerra consigo mismo.

Noté un brillo raro en los ojos de Susana. Como de lágrimas.

—¿Es amigo tuyo? —le pregunté.

—No. No es nada mío —contestó ella rápidamente—. Solo es un cliente que está atravesando un mal momento, ¿vale? Intenta no cruzarte demasiado en su camino. Y si la gente del pueblo te pregunta por él, diles que no sabes nada.

—Se lo diré, porque es la verdad.

—También tengo a otra familia, una madre y su hijo, en la habitación del Abedul —continuó Susana.

Las seis habitaciones de su hotel no tienen número, sino nombres de árboles. Yo me las conozco todas. La del Abedul es una de las más grandes, con vistas a la montaña y vigas de madera en el techo. Igual que las demás, está decorada con muebles antiguos.

—El chico debe de tener tu edad —siguió mi tía—. No estaría mal que te hicieras su amiga. La madre está desesperada por que se relacione con otros niños, por-



que está enganchadísimo a los videojuegos y no quiere ni salir de la habitación. Si puedes animarle a salir... Los niños del pueblo van todos los días a bañarse al río. Es seguro, no hay ningún peligro, y muy agradable. Si te parece, dentro de un rato le digo a la madre que estás aquí, y así os conocéis. Podéis ir juntos a bañaros. A mí en el fondo no me parece mal chico.

—Prefiero no ir a bañarme —dije, y creo que me puse colorada.

La verdad es que el agua siempre me ha encantado, pero no me apetece tener que quedarme en bikini delante de un montón de niños desconocidos. Este curso he adelgazado un montón y... no sé, no me veo bien.

—De todas formas le diré a la madre que estás aquí —dijo— A ver si luego salís a dar una vuelta juntos.

Debí contestarle que no. ¿Por qué no le contesté que no?

Porque soy idiota. Porque soy una idiota que siempre hace lo que los demás quieren. Es lo que Sergio me dijo después, en el río. Y tiene razón.

## El coleccionista de estrellas

Lucía va a pasar las vacaciones a la casa rural de su tía Susana. Allí conoce a Teo, un misterioso personaje que le enseña a distinguir las estrellas y las constelaciones. Pero Teo oculta un secreto que parece peligroso. Lucía se unirá a Sergio, otro chico de su edad, para intentar averiguar qué es.

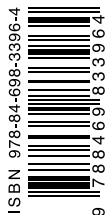
## Con este libro aprenderás...

Acerca de los tiempos verbales, y las constelaciones y sus leyendas.

Lengua

**PIZCA DE SAL**

¡Para hacer más sabrosa la lectura!



1589056

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)